

**Región, regionalización y regionalidad: cuestiones contemporáneas\***  
**Region, regionalisation and regionality: contemporary issues**

Rogério Haesbaert\*\*

**Resumen**

*La región, como entidad geográfica concreta, la regionalización, como proceso de diferenciación y/o recorte del espacio en parcelas cohesivas o articuladas, y la regionalidad, como propiedad del “ser” regional (especialmente en su dimensión simbólica y vivida), enfrentan hoy, en un mundo globalizado, reconfiguraciones que atestiguan una creciente complejidad en términos de su diseño espacial y del entrecruzamiento de los sujetos y dimensiones que las construyen. La región, así, debe ser vista mucho más dentro de un proceso mutable de des-articulaciones, en red (en un juego ni siempre coincidente entre cohesiones funcionales y cohesiones simbólicas), que en las formaciones zonales integradas y bien delimitadas con que tradicionalmente era trabajada.*

**Palabras clave**

*Región; regionalización; regionalidad; globalización.*

**Abstract**

*The region, as a concrete geographic entity, regionalisation, as a process of differentiation and/or division of space in cohesive or contiguous parcels, and regionality, as the property of any regional “individual” (especially within a symbolic and real life context) today face, in a globalised world, reconfigurations which demonstrate a growing complexity in terms of spatial design and intercrossing of the elements and aspects that make them up. As such, the region must be assessed more within a changeable process of disjointing, in network (in a game that is not always simultaneous between functional cohesion and symbolic cohesion), than in relation to integrated and well-defined geographic zones as traditionally rationalised.*

**Key words**

*Region; regionalisation; regionality; globalisation.*

---

\* Este artículo resulta del desdoblamiento de algunos debates ya elaborados a través del libro “Regional-Global: Dilemas de región y de la regionalización en la Geografía Contemporánea”, en la prensa por la editora Bertrand Brasil.

\*\* Doctor en Geografía Humana por la USP, con post doctorado en el Departamento de Geografía de la Open University, Inglaterra. Profesor asociado al programa de post graduación en Geografía de la Universidad Federal Fluminense.

Desde que la geografía regional fue declarada muerta [años 1950 – 60], de forma más vehemente por aquellos que, de cualquier modo, nunca habían sido muy buenos en ella: geógrafos, a su favor han mantenido, de una forma o de otra, el intento de reavivarla... Esta es una tarea vital. [...] Necesitamos conocer la constitución de formaciones sociales regionales, de articulaciones regionales, de transformaciones regionales.

(GREGORY, 1978, p.171 – traducción libre)

La región continúa existiendo, pero con un nivel de complejidad jamás visto por el hombre. Ahora, ningún sub espacio del planeta puede escapar al proceso conjunto de la globalización y fragmentación; es decir, de individualización y regionalización.

(SANTOS, 1999, p.16)

LA TEMÁTICA REGIONAL, DENTRO Y FUERA DE LA GEOGRAFÍA, puede estar referida a una serie muy amplia de cuestiones, como las que involucran las relaciones entre la parte y el todo, lo particular y lo general, lo singular y lo universal, lo ideográfico y lo nomotético o, en otros términos, en un enfoque más concreto, centro y periferia, moderno – cosmopolita y tradicional – provinciano, global y local... Son muchas las relaciones pasibles de ser trabajadas dentro de lo que comúnmente denominamos cuestión o abordaje “regional”. Cada área del conocimiento, de la Economía a los Estudios literarios, de la Ciencia política a la Antropología, trae su propia lectura sobre la región, el regionalismo, la regionalidad y/o la regionalización.

En cierto sentido, de carácter más geográfico –que es aquél que iremos a enfatizar aquí- hablar de región en una época de tan poco consenso sobre la relación entre las partes (lo “regional”, en un sentido más general) y el todo (lo “global”)- y sobre la propia definición de lo que serían estas partes y de lo que sería ese todo, en un sentido geográfico- puede parecer un desafío infructífero. Si vivimos el tiempo de la fluidez y de las conexiones, como defienden tantos, ¿cómo encontrar aún parcelas, sub divisiones, recortes, “regiones” mínimamente coherentes dentro de este todo espacial pretensamente globalizado?<sup>1</sup>

Regionalizar, en su sentido más amplio y relacionado a una de sus raíces etimológicas, como “recortar” el espacio o en él trazar líneas, es una acción relacionada también al sentido de orientar(se) –como en la antigua concepción de “región” de los augures (adivinos) romanos que, a través de líneas o “regiones” trazadas en el cielo pretendían prever el destino de nuestra vida aquí en la Tierra<sup>2</sup>. Pero, ¿cómo “orientarse” a través de nuestras regionalizaciones en un mundo que, para muchos, se encuentra

<sup>1</sup> Para un balance de estas idas y venidas, “vida y muerte” de la región a lo largo de la historia del pensamiento geográfico, ver Haesbaert, 2005.

marcado más por el desorden que por el orden, más por la precarización y vulnerabilidad que por el fortalecimiento y la estabilidad de nuestros vínculos territoriales?

Un primer presupuesto es el que “regionalizar” significa, de inicio, asumir la naturaleza de lo regional, hoy, al mismo tiempo como condicionado y condicionante en relación a los llamados procesos globalizadores –o mejor, como su constituyente indisociable- al punto de, muchas veces, regionalización y globalización se llegan a transformar en dinámicas tan imbricadas y complementarias que pasan a ser, en la práctica, indiscernibles, muchos apelando para neologismos como “globalización” para entender la complejidad de esos procesos. Pero la globalización, como bien sabemos, está lejos de ser un consenso, en primer lugar por no representar un proceso uniforme y, en este sentido, no es propiamente “global”. Muchos investigadores prefieren incluso utilizar el término siempre en plural, “globalizaciones”, distinguiendo así sus múltiples dimensiones, la enorme desigualdad con que es producida / difundida y sus diferentes sujetos –tanto en el sentido de aquellos que prioritariamente la promueven y la desencadenan, como de aquellos que a ella, básicamente, se encuentran subordinados.

Podemos, es claro, hablar de un proceso globalizador –y, concomitantemente, regionalizador – hegemónico, aquél envuelto por los grandes sujetos que pretenden dar las cartas y definir los rumbos del capital financiero, de la especulación en diferentes niveles y de la mercantilización generalizada. En nombre de una lógica individual – contable mundial, este movimiento propone de alguna manera integrar las más distintas áreas del planeta, “regionalizando” sobre todo en la forma que mejor conviene a sus estrategias geográficas de circulación, acumulación y dominación. Pero hay siempre, es claro, articulado de forma contradictoria y/o ambivalente, un proceso que podemos denominar contra- hegemónico o, más simplemente, de destrucción de las hegemonías (en el sentido de la jerarquía que ellas implican), tanto de forma más localizada como más global, como en los movimientos contra-globalizadores (que son también, concomitantemente, contra-regionalizadores), o mejor, por otra globalización – regionalización, capitaneada, fundamentalmente, por los grupos o clases subalternos.

---

<sup>2</sup> Según el *Dictionnaire Étymologique de la Langue Latine*, el término *regio* “désigne les lignes droites tracées dans le ciel par les augures pour en délimiter les parties; de là le sens ‘limites, frontières’ et, par suite, ‘portion délimitée, quartier, région’” (“designa las líneas rectas trazadas en el cielo por los augures [adivinos romanos] para allí delimitar las partes; de allí el sentido de “límites, fronteras” y, en consecuencia, “porción delimitada, barrio, región”) (ERNOUT; MEILLET, 1967, p.568).

Es en este sentido que pretendemos hablar aquí de “regionalización”, la región como proceso, en constante rearticulación, y de la propiedad de “ser” regional, la “regionalidad”, vistos a partir de la gran diferenciación cultural y de la enorme desigualdad social producida incluso en un mundo tenido como globalizado y, por lo tanto, pretensamente más hegemónico. No hay como, genéricamente, pretender estipular una única gran racionalidad o “teoría” de la regionalización, a no ser que mantengamos los viejos padrones economicistas con los que, muchas veces, la región fue trabajada; como si apenas la reproducción y acumulación del capital pudiese dar cuenta de toda la diversidad regional en la que estamos inseridos.

En la conclusión de mi disertación de maestría, hace más de veinte (20) años atrás, yo destacaba:

[...] las prácticas de control político, cultural y, sobre todo, económico permanecen cada vez más vivas y globalizadoras. Se hace fundamental, por lo tanto, recuperar el entendimiento del papel de las diferencias, como alternativas posibles para una nueva y, quien sabe, múltiple dinámica de la sociedad. En este contexto tiene lugar el rescate de conceptos como, en Geografía, el de región. Como vimos, ya en el discurso del francés Vidal de la Blache la manifestación de las “individualidades geográficas” quedaba evidente, y la tradicional Geografía de la “diferenciación por áreas” es una prueba incontestable que la propia diferenciación espacial constituye, de cierta forma, una de las razones de ser del conocimiento geográfico. Delante de la preocupación, a veces ciega, en abarcar toda la realidad en conceptos y teorías generales, neopositivistas y muchos marxistas estuvieron juntos, diciendo romper brutalmente con una Geografía “empirista e inútil” que, de cualquier forma, constituye sus raíces. La propia realidad, hoy, parece exigir una postura más criteriosa, donde los “científicos” sociales deben negar las teorías definitivas y las ortodoxias, porque no dan cuenta de las transformaciones y de la complejidad de lo real, sin con eso, sin embargo, caer en el empirismo del que tanto ya nos acusamos (1988, p.92).

En una analogía con la Historia, podemos afirmar que, correspondiendo aproximadamente a lo que representa la periodización como cuestión central para los historiadores, la regionalización aparece como una problemática central para los geógrafos. Algunos estudiosos, como el historiador Fernand Braudel y los geógrafos Christian Grataloup y David Wishart (2004), teorizaron esas intersecciones entre espacio geográfico y tiempo histórico, tanto en un sentido más amplio como a partir de la perspectiva más estrecha de la regionalización y de la periodización. Los trabajos “Las regiones del tiempo” y “Los períodos del espacio”, de Grataloup (1991, 2006

[2003]), revelan en el propio título esa indisociabilidad entre los procesos de “recortar” el espacio y de “recortar” el tiempo. Grataloup (1991) llega incluso a proponer un ejercicio de pasaje de los conceptos de región y de los métodos de regionalización más conocidos de la Geografía (regiones homogénea y funcional, regiones administrativa y “vívida”) para los métodos de periodización utilizados por los historiadores. En un artículo anterior (HAESBAERT, 2002 [1993]), también realicé un ejercicio de reflexión sobre las imbricaciones entre los diferentes “recortes” de tiempo y espacio, configurando lo que denominé escalas espacio – temporales.

Pensar en región, así, es pensar, ante todo, en los procesos de regionalización – sea enfocándolos como un simple procedimiento metodológico o instrumento de análisis propuesto por el investigador, sea a partir de dinámicas espacio – temporales efectivamente vividas y producidas por los grupos sociales- o, en otras palabras, fundadas en una “regionalidad” vista más allá de la mera propiedad teórica de definición de lo regional. Al incorporar como dimensión primera el espacio, esto no significa, nunca es de más enfatizarlo, que se trate de un espacio separado o separable de los sujetos que lo construyen: la regionalización debe estar siempre articulada en un análisis centrado en la acción de los sujetos que producen el espacio y en la interacción que ellos establecen, sea con la “primera” (cada vez más rara, como ya lo reconocía el propio Marx), sea como la “segunda” naturaleza. O sea, el espacio siempre visto en su sentido relacional, totalmente impregnado en las dinámicas de producción de la sociedad.

Podemos afirmar que la región caminó, a lo largo de la historia del pensamiento geográfico, más o menos como un péndulo entre posiciones más ideográficas o que valoraban las diferencias y posiciones más nomotéticas o que enfatizaban las generalizaciones. Es claro que ella, como concepto, fue mayoritaria sobre todo en los momentos más ideográficos o dirigidos hacia la realidad empírica, en una valorización de la región como “hecho” (sea como “hecho” concreto, material, sea como “hecho” simbólico, vivido), de lo que en los períodos en que se afirmaba una Geografía general, dirigida a la construcción teórica, más racionalista, donde la región adquirió un papel más de “artificio” (analítico) que de realidad efectivamente construida y/o vivida.

Proponemos aquí un camino más complejo para el entendimiento de la región, no simplemente como un “hecho” (en su existencia efectiva) ni como un mero “artificio” (como recurso teórico, analítico) o como instrumento normativo, de acción

(con el objetivo de la intervención política, vía planificación). Proponemos, entonces, tratar la región como un “arte-facto” (siempre con el guión intermedio), tomada en la imbricación entre hecho [fato, en portugués] y artificio y, de cierto modo, también como herramienta política.

La región vista como arte-facto es concebida en el sentido de romper con la dualidad que muchos abogan entre posturas más estrictamente realistas e idealistas, construcción al mismo tiempo de naturaleza ideal – simbólica (sea en el sentido de una construcción teórica, como representación “analítica” del espacio, sea de una construcción identitaria a partir del espacio vivido) y material – funcional (en las prácticas económico – políticas con que los grupos o clases sociales construyen su espacio de forma desigual / diferenciada). “Arte-facto” también permite indicar que lo regional es abordado al mismo tiempo como creación, auto hacerse (“arte”) y como construcción ya producida y articulada (“fato”), [“hecho” en portugués]

Así, sintetizando, a partir de la discusión de la región como arte-facto, nuestra propuesta se pauta en algunas cuestiones fundamentales, notablemente:

- La región como producto – productora de las dinámicas concomitantes de globalización y fragmentación, en sus distintas combinaciones e intensidades, lo que significa trabajar la extensión y la fuerza de las principales redes de cohesión o, como preferimos, de *articulación* regional, lo que implica identificar también, por otro lado, el nivel de desarticulación y/o fragmentación de espacios dentro del espacio regional en sentido más amplio.
- La región construida a través de la actuación de diferentes sujetos sociales (genéricamente: el Estado, las empresas, las instituciones de poder no – estatales y los distintos grupos socio-culturales y clases económico-políticas) en sus lógicas espaciales zonal y reticular, agregándose, aún, la “i-lógica” de los aglomerados resultante principalmente de procesos de exclusión y/o precarización socio-espacial (HAESBAERT, 2004a y 2004b), cuya consideración es hoy, cada vez más, imprescindible.
- La región como producto – productora de los procesos de diferenciación espacial, tanto en el sentido de las diferencias de grado (o desigualdades) como de las diferencias de tipo o de naturaleza (diferencia en sentido

estricto), tanto de las diferencias discretas como de las diferencias continuas (en los términos de BERGSON, 1993, 2006).

¿Y aquello que denominamos “regionalidad”? Comentamos inicialmente que la regionalidad estaría relacionada, de forma genérica, a la propiedad o cualidad de “ser” regional. Pero “ser”, aquí, no en el sentido ontológico de un “hecho” regional bien definido y auto evidente. La regionalidad involucraría la creación concomitante de la “realidad” y de las representaciones regionales, sin que ellas puedan ser disociadas o que una se coloque, a priori, bajo el comando de la otra; el imaginario y la construcción simbólica moldando lo vivido regional y la vivencia y producción concretas de la región, por su parte, alimentando sus configuraciones simbólicas.

Es evidente que, dependiendo del caso, la historia y la cultura acumuladas proporcionan a determinados contextos regionales un peso o un valor simbólico e de identidad mucho mayor de lo que a otros, como queda más que evidente, en el caso brasileño, para las llamadas regiones Sur (o por lo menos parte de la región Sur, aquella ocupada o colonizada por los “gauchos”) y la región Nordeste (en una identidad nordestina, por lo menos en el inicio, moldada mucho más de afuera hacia adentro, a partir de la figura de los inmigrantes que de ella provienen [como enfatiza PÓVOA NETO, 1994]). Ni por eso podemos, incluso en esos casos, reducir la regionalidad exclusivamente a la dimensión simbólica o a una perspectiva de fundamentación idealista, como en el caso de los llamados análisis discursivos sobre la región. Un caso muy interesante más que enfatiza sobremanera esa lectura discursiva y que aparece como una de las nuevas perspectivas que, más recientemente, viene colocándose para la lectura de la cuestión regional, es la de Albuquerque Júnior en su estudio de base post estructuralista sobre la “invención del Nordeste”, que abordaremos a continuación.

### **La reinención post estructuralista de la región y de la regionalidad**

Dentro de las diversas perspectivas de fundamentación post estructuralistas en el abordaje regional está presente la lectura de aquellos que toman como punto de partida el análisis del discurso y proponen tratar la región, sobre todo, a partir de un proceso de “invención” (discursiva), aliando concepto y metáfora, ciencia y arte. Es el caso del historiador brasileño Durval de Albuquerque Júnior, especialmente en su importante

obra “La invención del Nordeste” (Albuquerque Júnior, 1999)<sup>3</sup>. En este trabajo el autor afirma:

[...] lo que me interesa aquí no es este Nordeste “real”, o cuestionar la correspondencia entre representación y realidad, sino la producción de esta constelación de regularidades prácticas y discursivas que instituye, hace ver y hace posible decir esta región hasta hoy. En la producción discursiva sobre el Nordeste, éste es menos un lugar que un topos, un conjunto de referencias, una colección de características, un archivo de imágenes y textos. Él parece ser una citación, tener origen en el fragmento de un texto, un extracto de imaginación anterior, una imagen que siempre se repite. Nordeste, un manojo de recurrencias (1999, p. 66).

Tanto una región, como espacio efectivamente construido y diferenciado, como la *idea* de región son, sin dudas, creaciones históricas. Pero Albuquerque Júnior destaca, sobre todo su dimensión simbólica, “imaginaria”, como “invención”. Así, el Nordeste como región sería “inventado”, emergiendo “en el ‘paisaje imaginario’ del país” en el final de la primera década del siglo XX, y estaría fundado “en la nostalgia y en la tradición” (p. 65). Tal como en el pensamiento post colonial de Edward Saïd y Stuart Hall, que alude a nuestras “geografías imaginarias”, tiempo – espacios algo míticos y/o imaginarios que llevamos, constantemente reconstruyendo nuestras referencias identitarias, aquí también, a veces, parece que el mundo de las prácticas materiales o “visible” se desconecta o, por lo menos, se hace secundario dentro de ese complejo juego de, en las palabras del autor, “prácticas y discursos” –o, en una visión foucaultiana, “formaciones discursivas” y “no discursivas”- que Deleuze, por su parte, propone denominar “prácticas discursivas de enunciados” y “prácticas no-discursivas de visibilidades” (DELEUZE, 1988, p.61).<sup>4</sup>

Inspirado sobre todo en Foucault, Albuquerque Júnior propone, así, que “lo que se dice de la región no es reflejo de lo que se ve *en la y como* región” (1999, p. 46). Entre “las palabras y las cosas”, se trata de dos “régimenes de enunciación” independientes:

---

<sup>3</sup> Otro abordaje inspirado em gran parte em el post estructuralismo, pero em posición más materialista (dicha, “no representacional”), es la del geógrafo inglés Nigel Thrift, especialmente en sus tres artículos escritos en la década de los 90 a favor de una “nueva Geografía regional” (THRIFT, 1990, 1991, 1993).

<sup>4</sup> Es a partir de su obra “La arqueología del saber” que Foucault establece el “primado” del enunciado o de lo “decible” sobre lo “visible, de lo discursivo sobre lo no discursivo que, sin embargo, no es a él reductible o em relación a él se transforma em residual: “en Foucault, los locales de visibilidad no tendrán jamás el mismo ritmo, la misma historia, la misma forma que los campos de enunciados, y el primado del enunciado sólo será válido por eso, por el hecho de ejercerse sobre alguna cosa irreductible” (DELEUZE, 1988, p.59).

La región se instituye, paulatinamente, por medio de prácticas y discursos, imágenes y textos que pueden tener, o no, relación entre sí, uno no representa al otro. La verdad sobre la región es constituida a partir de esa batalla entre lo visible y lo decible. [...] Ni siempre lo decible se hace práctica y ni toda práctica es transformada en discurso. Los discursos hacen ver, aunque puedan hacer ver algo diferente de lo que dicen (ALBUQUERQUE JR, 1999, p.46).

“El discurso regionalista” o, si quisiéramos, de la regionalidad, en el mismo sentido que se le puede atribuir a la identidad, “no enmascara la verdad de la región, él la instituye” (1999, p.49) En ese discurso, “el espacio surge como una dimensión subjetiva, como un doblez del sujeto, como producto de la subjetivación de sensaciones, de imágenes y de textos por innumerables sujetos dispersos en lo social” (1999, p. 50). Ocurre aquí un desplazamiento, en nuestro punto de vista a veces extremo, en relación a las bases materiales, al “realismo” sobre el cual la región *también* es construida. Desplazamiento que subvalora o incluso menosprecia, en esa “producción regional”, la acción concreta y la actividad material de los múltiples sujetos que ahí están produciendo su espacio, que es siempre, al mismo tiempo, material y simbólico.

En las palabras del autor, “al mismo tiempo que inventaban el Nordeste, iban inventándose como sujetos nordestinos” (1999, p. 31) –pero, probablemente falta enfatizar, “sujetos” no apenas a partir de una “invención” meramente “discursiva”, “representaciones de espacio” aleatoriamente concebidas, sino también de prácticas espaciales percibidas, y de un espacio de representación o “vivido”, en el sentido propuesto por Lefebvre (1986). Por eso, para el autor, espacialidad está relacionada a “percepciones espaciales que habitan el campo del lenguaje y se relacionan directamente con un campo de fuerzas que las instituye” (1999, p. 23).<sup>5</sup>

El eslabón práctico – discursivo es explicado, pero muchas veces subentiende que, en relación a la materialidad o a la “visibilidad” del espacio (confundida, de forma simplificada, con su “geograficidad”), ésta acaba relacionada a la rigidez y a la estabilidad o, más grave aún, a la “naturalización”, incluso cuando se trata de abordar la región del punto de vista marxista de las “relaciones de producción”:

Lejos de considerar esta región como inscripta en la naturaleza, definida geográficamente o regionalizada “por el desarrollo del

---

<sup>5</sup> Descontada, allí, la relevante incorporación del binomio espacio-poder, se trata de un concepto de espacialidad frágil y pautado, como el propio autor expone en una nota, en un pequeño texto –entrevista de Michel Foucault (donde la categoría “espacio” no es trabajada directamente), en la obra del historiador Fernand Braudel, y en la de Eni Orlandi.

capitalismo, con la regionalización de las relaciones de producción”, que es otra forma de naturalización, él [este trabajo] busca pensar el Nordeste como una identidad espacial, construida en un preciso momento histórico [...], producto del entrecruzamiento de prácticas y discursos “regionalistas” (1999, p. 22).

A pesar de esa perspectiva, Albuquerque Júnior tiene una contribución muy importante al buscar el eslabón entre la producción discursiva y la contextualización de las redes de poder que la instituye y sostiene. En ese sentido, él afirma:

La región no es una unidad que contiene una diversidad, sino es producto de una operación de homogenización, que se da en la lucha con las fuerzas que dominan otros espacios regionales, por eso ella es abierta, móvil y atravesada por diferentes relaciones de poder (1999, p. 24). Por otro lado, el regionalismo es mucho más que una ideología de clase dominante de una dada región. Él se apoya en prácticas regionalistas, en la producción de una sensibilidad regionalista, en una cultura, que son llevadas a efecto e incorporadas por varias camadas de la población y surge como elemento de los discursos de estos varios segmentos (1999, p. 28).

Es claro que el abordaje de la región a partir de la configuración de identidades regionales no es nueva<sup>6</sup>, y nosotros mismos, en una perspectiva que aliaba un marxismo renovado (inspirado en Gramsci) y elementos de una geografía humanista, realizamos una lectura en ese sentido cuando el análisis de la Campaña gaucha en nuestra disertación de maestría, ya citada aquí antes (HAESBAERT, 1988). Pero ahora no se trata de un simple análisis crítico – política de la formación de identidades, y que, en el caso de la Campaña, fue trabajada incluso con base en el sentido ideológico del discurso. Más que una mirada política e ideológicamente comprometida, se trata de una propuesta innovadora en el sentido epistemológico, asumiendo claramente principios post estructuralistas de desconstrucción de la propia región como “realidad”.

Albuquerque Júnior no pretende “re definir” región. Por el contrario, él quiere “destruirla”, “atacarla”, “disolverla”, en el sentido que encara los regionalismos, así como los nacionalismos, como “anacrónicos y reaccionarios”, “maquinarias de captura de lo nuevo, de lo diferente” (1999:309). Hasta incluso el “potencial creativo” de los regionalismos (y nacionalismos), en un sentido cultural y artístico, tan bien evidenciado en su libro, estaría en crisis o incluso “agotado”. En cierto sentido, así, él es también un

---

<sup>6</sup> Ver, por ejemplo, un abordaje más estructuralista, el trabajo (polémico para muchos geógrafos, por la lectura a veces simplificada que hace de la Geografía), de Pierre Bourdieu (1989), “A identidade e a representação. Elementos para uma reflexão crítica sobre a idéia de região” [“La identidad y la representación. Elementos para una reflexión crítica sobre la Idea de región”].

autor representativo de la ambigüedad de las varias “muertes y vidas” de la región (HAESBAERT, 2005).

El autor desconsidera otras formas posibles de ver / decir lo regional y la regionalización, tanto como parte de la recreación regional en la práctica cotidiana de grupos subalternos (en movilizaciones de resistencia, como hacen, por ejemplo, grupos sin tierra identificados con la cultura gaucha en el Sur de Brasil) como, en un sentido más amplio, como procesos, permanentes e imprevisibles, de diferenciación geo-histórica.

La propia “región”, como locus de la producción de la diferencia, y no simplemente en el sentido de “regionalismo reaccionario”, también puede, dependiendo del enmarañado de poder en el que esté enredada, estimular la constante reproducción de lo nuevo, o sea, ella ni siempre es producida apenas por el “regionalismo anacrónico y reaccionario” hegemónico allí enfatizado, lo que puede ser constatado al reconocer la propia naturaleza, siempre ambivalente, de su (re)creación simbólica<sup>7</sup>.

Albuquerque Júnior, sin embargo, es importante enfatizar, contribuye sustancialmente para una visión innovadora e epistemológicamente crítica, en línea que de algún modo también se inspira en los llamados estudios post coloniales, que tiene entre sus pioneros a Edward Saïd y su obra “Orientalismo”, en que abordar la “invención” del Oriente (básicamente, el Oriente árabe – islámico) por el Occidente (SAÏD, 1990[1978]). El tratamiento de las identidades (regionales, nacionales, étnicas...) por investigadores ligados a los también llamados “estudios culturales” (que habrían comenzado con Raymond Williams, al final de la década de 1950), especialmente en Inglaterra, legó importantes aportes a la Geografía regional, y que incluyen una efectiva renovación (cuando no, una especie de “superación”) del pensamiento marxista por el re-trabajar la dimensión cultural.

**Ni apenas un “hecho”, ni simple “artificio”: la región como arte-facto.**

---

<sup>7</sup> Como afirmábamos aún en 1988, sobre la identidad gaucha: “Como la identidad regional nunca es apenas un producto o resultado de creación y manipulación de una fracción de la clase dominante, cabe comprender también la fuerza de sus raíces populares, entre clases que pueden a través de un rescate semejante, dar nuevo ánimo a sus movimientos de reivindicación. Pues así como la burguesía industrial y financiera puede hacer uso de la cohesión proporcionada por la retomada del gauchismo, para defender su condición más privilegiada dentro del capitalismo brasileño, no hay lo que condene que las clases campesinas (o incluso los asalariados urbanos) también hagan uso de esa identidad, tantas veces impuesta, para reivindicar su lugar o, por lo menos, un lugar menos segregado dentro de la sociedad regional” (1988, p.91).

La palabra “arte” viene del latín *ars*, que significa talento, saber hacer, y que inicialmente estaba asociada con técnica, o sea, a lo que es de dominio humano, social, a lo *artificial*. “Artefacto”, más literariamente, significa “lo que es hecho con arte”, un producto de la cultura. Aunque hable al respecto, en primer lugar, a un “objeto manufacturado, una pieza” (según el diccionario Nuevo Aurelio), “aparataje, equipamiento” (según el diccionario Houaiss de sinónimos y antónimos), en una perspectiva material, puede ser leído también, más abstractamente, como “mecanismo, dispositivo”; o sea, se encuentra en el cruce entre lo concreto de un “hecho” y la abstracción de un “artificio” o instrumento de análisis.

Moore (2008), análogamente a lo que proponemos aquí para la región, comienza su discusión sobre escala a partir de dos lecturas con que comúnmente ella es tratada: la escala como entidad socio-espacial material (como ocurre entre muchos geógrafos marxistas, que él denomina “económico-políticos”), correspondiente a procesos materiales reales, y la escala como construcción epistemológica, representación o construcción discursiva (pero que, obviamente, puede tener profundos efectos materiales). Las críticas tanto a esa visión “sustancialista” y con tendencia a considerar el elemento como abstracto, en su concepción como mero recurso analítico esconden, según Moore, un problema más fundamental, aquél que envuelve la (in)distinción entre escala –y también, por extensión aquí propuesta, región- como categoría de análisis y como categoría de la práctica. Así, con base en Bourdieu, el autor propone trabajar con la distinción entre “categorías de la práctica” y “categorías de análisis”, las primeras relativas a la experiencia cotidiana de actores ordinarios, las segundas, distantes de la experiencia, relacionadas a su uso hecho por los científicos sociales.

Muchas veces son justamente las categorías más impregnadas en el sentido común que acaban siendo también las que más tienden a considerar abstracto el elemento, las más a-críticamente utilizadas por los científicos sociales. Por otro lado, bajo la alegación de que determinados conceptos, como escala y región, “no sirven” como instrumentos heurísticos, frecuentemente se ignora toda su importancia a través del uso en la vida común (cuando no en las propias prácticas políticas) y sus innumerables efectos materiales en las prácticas cotidianas. El menosprecio “científico” o del saber dominante, “calificado”, por los saberes subalternos, “dominados” acaba por descalificar e incluso ignorar formas de conocimiento ampliamente difundidas a través de “categorías de la práctica”, entre las que, sin dudas, se encuentran región,

regionalismo y, de cierta forma, también, aunque menos difundida con este término, regionalidad.

Muchas concepciones operan, por lo tanto, en dos categorizaciones. El problema es que, como en el caso de región, son categorías –o conceptos- que se encuentran de tal forma impregnadas en el sentido común que muchos científicos sociales acaban abandonándolas como categorías de análisis o, al contrario, acaban por esencializarlas, confundiendo completamente región como categoría de análisis y como categoría de la práctica. Aunque Moore (2008) ilustre su debate con otras dos categorías muy difundidas, nación y nacionalismo, el razonamiento se aproxima mucho a aquél que hace referencia, aquí a la región y al regionalismo.

Queda claro que es posible hacer evidente allí el carácter, en la falta de un término mejor, “constructivista” de nuestros conceptos, pero en hipótesis alguna dentro de un constructivismo moldado apenas en torno de la figura del sujeto y de sus construcciones ideales. Se trata de un constructivismo no idealista que involucra una construcción al mismo tiempo mentalmente enfocada y materialmente sustentada. “Construcción” que, en nuestro entendimiento, en hipótesis alguna es fruto apenas de la acción antropocéntrica de la producción intelectual, sino que se insiere en un mundo material que, al mismo tiempo que es constantemente reconstruido y/o reapropiado socialmente, también se construye a sí mismo, en la irreductibilidad de la propia dinámica de la naturaleza. De allí, por ejemplo, la indefectible alianza entre las dinámicas de producción y la interpretación de los mundos “humano” y “no humano”, tan discutida en nuestros días.

El geógrafo Michel Lussault (2003) distingue en el constructivismo una vertiente más epistemológica y otra, digamos, más ontológica, concerniente al estatuto de aquello que los constructos cognitivos abarcan. El sujeto del conocimiento, desde ese punto de vista constructivista no refleja una realidad “objetiva”, sino que la construye al mismo tiempo que es construido por ella, oponiéndose así al positivismo realista que ve en el pensamiento un “doble” o reflejo de la realidad objetiva. Según Gustavo Castañón, focalizando las múltiples vertientes y los múltiples usos del término constructivismo, desde su origen en la perspectiva piagetiana:

Todo constructivismo es anti objetivista. Sin embargo, él puede asumir la tradición realista de la filosofía occidental, como en los casos del cognitivismo, del constructivismo piagetiano y del constructivismo realista del realismo crítico, o asumir una fase

idealista, que niega cualquier acceso a una posible realidad externa a las construcciones mentales o lingüísticas, como en los casos del constructivismo radical y del constructivismo social. Es lo que coloca Held (1998) cuando observa que los construccionistas sociales presumen que un proceso activo de conocimiento por parte del sujeto, implícito en el propio término “constructivismo”, necesita de una ontología anti realista para sustentarse. Discordando de esta posición, él recuerda que la propia epistemología genética de Piaget es una forma de constructivismo que se basa en una ontología realista, al mismo tiempo en que defiende la posibilidad de acceso racional del sujeto a una realidad objetiva e independiente. (CASTAÑÓN, 2005, p.6-7)

Así, el propio mundo físico, para el constructivista, no es un dato, está permanentemente puede ser construido, reinventado, en constante emergencia o devenir. Más que “dobles”, los modelos de nuestra cognición son “representaciones circunstanciales” de esa realidad (LUSSAULT, 2003, p.200). Lo construido no necesita, por lo tanto, quedar reducido al campo del conocimiento, pues los propios fenómenos componen esta “realidad constructivista”, en la que no solamente el humano y su intelecto re-construyen el mundo como la propia dimensión “no humana” de alguna forma participa como “act(u)ante” (para utilizar un término acuñado por Bruno Latour) en este proceso. El espacio, en ese sentido, abordado de modo relacional, lejos de aparecer como un palco o un “teatro” se transforma en una parte integrante e indisociable de las propias relaciones sociales, constituyente inherente a la condición de lo humano y de lo social.

Bruno Latour es uno de los autores que trabaja con un constructivismo matizado, al mismo tiempo realista y relativista, o sea, en realidad él intenta romper la dicotomía simple entre realismo y constructivismo. Latour cuestiona radicalmente el dualismo moderno que considera la existencia de un “mundo exterior”, separado. En la lectura de Michel Lussault, estaríamos inmersos entre:

[...] colectivos de humanos y no humanos, de constructos momentáneamente estabilizados, en el seno de los cuales la ciencia es un instrumento, justamente, de estabilización. El conocimiento no revela una realidad preexistente, él permite que las cosas “se mantengan juntas” en un contexto dado y es este ajuste y esta estabilización construida, este artificio, que los actores consideran como verdadero (LUSSAULT, 2003, p.202).

No se trata, sin embargo, de “artificio” simplemente en el sentido que aquí lo utilizamos, hace poco, para caracterizar una determinada lectura de región y de

regionalización. En un interesante ensayo, Latour (2002) elabora toda una crítica al anti-fetichismo de la modernidad que, contradictoriamente, crea su propio culto de los “fe(i)tiches”. Él parte de la ambigüedad de la expresión “fetiche” en lengua portuguesa, que tiene su origen conectado a la idea de “hechizo”, que a su vez proviene de “hecho” (“forma, figura, configuración, pero también artificial, fabricado, facticio y, por fin, fascinado, encantado” (2002:16). Analizando expresiones de Pasteur sobre su actividad laboratorial y científica, afirma que, para él, “constructivismo y realismo” acaban por ser sinónimos. “Los hechos son hechos, sabemos desde Bachelard, pero el pensamiento crítico nos prepara para ver en esta etimología ambigua, el fetichismo del objeto”.

Según Maia (s/d), la gran cuestión colocada por Latour (o Latour-Callon, como él mismo prefiere) es “escapar de los arrobamientos relativistas sin recaer en la antigua tradición de la objetividad que emerge de las cosas en sí, de los hechos de la naturaleza, de los eventos que componen la realidad del mundo”. Así:

Su blanco es deshacerse tanto del constructivismo sociológico como del lingüístico, abogando por algún “neo realismo” que dé a las prácticas científicas el derecho de estar hablando sobre el mundo, pero que simultáneamente también construyan. Así, la realidad persiste como construcción societaria pero es igualmente un agente activo (sic), con alguna autonomía de los sujetos. La orientación de Callon-Latour rescató el compromiso con un realismo rediseñado que salta del mero realismo cientificista e incorpora matices constructivistas (MAIA, p. 7).

En lo que se refiere a la región, no podemos concebirla a través de un simple recorte empírico, como una especie de “categoría de lo real” (como si la propia Geografía pudiese ser reducida a una ciencia empírica, definida por un objeto concreto), ni por una simple forma de interpretación, por un método, como mera “categoría de análisis”. Debemos reconocer que todo método, como “mediación”, es decir, (media – acción) como “medio de la acción” (tanto “medio para la acción” como “medio / contexto y acción”), es no apenas una forma de interpretar, sino también de crear, y que hecho e interpretación, al contrario de la máxima nietzscheana según la cual “no hay hechos, solamente interpretaciones”, no deben ser disociados.

Como el hombre es un ser reflexivo, él re-acciona tanto sobre / con los objetos (componiendo así “prácticas espaciales” o un “espacio percibido” y “espacios de representación” o un “espacio vivido”, en los términos de Lefebvre [1986]) como

sobre / con las propias ideas al respecto de estos objetos (las “representaciones del espacio” o el “espacio concebido”). De ese modo, dice Agnew, el “comportamiento humano no puede ser reducido a uno o a otro, sin constituido por los dos”. Obviamente, entonces, “regiones reflejan tanto diferencias en el mundo como ideas sobre diferencias” (1999, p.92). O, en las palabras de Bourdieu (1989), la región se encuentra en el centro de una retroalimentación permanente entre representaciones de la realidad (“divisiones de la realidad”) y realidad de las representaciones (“realidad de las divisiones”).<sup>8</sup>

Es tan peligroso reducir regionalizaciones a meras construcciones intelectuales como a prácticas concretas, explícitamente políticas, por ejemplo (que, sin embargo, las regiones también involucran). Estas regionalizaciones “juegan con hechos sobre el mundo al mismo tiempo en que reflejan las tendencias, intelectuales y políticas, de sus formuladores” (AGNEW, 1999, p.95). De esta forma, cualquier análisis regional que se pretenda consistente (y que supere la lectura de la región como genérica categoría analítica, “de la mente”) debe llevar en consideración tanto el campo de la producción material como el de las representaciones y símbolos, ideales, tanto la dimensión de la funcionalidad (político-económica, desdoblada por su parte sobre una base material, “natural”) como de lo vivido (simbólico – cultural, más subjetivo). En otras palabras, tanto la cohesión o lógica funcional como la cohesión simbólica, en sus múltiples formas de construcción y des-articulación, donde, es claro, dependiendo del contexto, una de ellas puede acabar imponiéndose sobre –y rehaciéndola- a la otra.

Los abordajes funcionalistas sobre región acababan negligenciando, a veces de forma radical, la dimensión específica de lo vivido. Como afirma Entrikin (1991) para el concepto de lugar, “caracterizar lugar como todos funcionales o como sistemas regionales tiene una utilidad clara en la planificación de actividades o en la vida cotidiana, cuando vemos el lugar como algo que nos es exterior y como algo que puede ser manipulado para fines particulares”. Esta concepción funcional de lugar y región (región como “sistema” regional) “es, sin embargo, un constructo intelectual que abstrae

---

<sup>8</sup> “De hecho, no hay que elegir entre el arbitraje objetivista, que mide las *representaciones* (en todos los sentidos del término) por la ‘realidad’ olvidando que ellas pueden acontecer en la realidad, por la eficacia propia de la *evocación*, lo que ellas representan, y el empeño subjetivista que, privilegiando la representación, confirma en el terreno de la ciencia la falsificación en la escrita sociológica por la cual los militantes pasan de la representación de la realidad a la realidad de la representación” (BOURDIEU, 1989, p.118).

las cualidades contextuales específicas que proporcionan su significancia existencial” (p. 131). De este modo, otros autores dieron énfasis también a la dimensión del espacio vivido (FRÉMONT, 1976) y a las identidades territoriales en la producción de la diversidad geográfica regional.

En lo que se refiere a esta imbricación indisociable entre dimensiones funcionales y simbólicas tenemos, en el ámbito geográfico anglosajón, además de propuestas como las de Allen, Massey y Cochrane (1998) y Agnew (1999, 2000, 2001), las del geógrafo finlandés Anssi Paasi, en sus varios trabajos sobre región (PAASI, 1986, 1991, 2002a y 2002b). En su abordaje de los años 1980, aunque se percibe la influencia de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (PAASI, 1986). Él parte de dos grandes perspectivas del concepto de región que recuerdan un poco la distinción de región como categoría de análisis y como categoría de lo “real”, de la práctica: una relacionada a la perspectiva de la región como “clase de área”, instrumento de análisis del investigador, otra relativa al abordaje de la región como “comunidad de habitantes”, a partir del propio espacio vivido.

Paasi se refiere a Whittlesey, para quien, todavía en los años 1950, la “psicología es un elemento del complejo regional” (WHITTLESEY, apud PAASI, 1986, p.118), en el compartimiento de un conjunto de valores culturales comunes o, en otras palabras, en la construcción de una especie de “conciencia regional”; o en nuestra interpretación, también, de una “regionalidad”. Podemos decir que, aquí, en una determinada perspectiva, también se trata de la región como “arte-facto”, en la imbricación hecho – arteficio, “artificio” no en el carácter más estrictamente epistemológico antes enfatizado sino en el sentido ontológico (donde, en realidad, es imposible distinguir arteficio y hecho) de una “comunidad imaginada” (en los mismos términos de Anderson [1989] para la nación), “ilusión” actuante, concebida mucho más en su eficacia (de cohesión simbólica, podríamos decir) que en su “verdad”.

Aunque sea percibida como “ilusoria” o “mítica”, Paasi nos alerta que la conciencia regional debe ser abordada a partir de algunas cuestiones fundamentales, más objetivas<sup>9</sup>, como las que dicen al respecto de los mecanismos que construyen, a lo largo de la historia este “sentimiento de ‘estar juntos’ [*togetherness*] entre los habitantes de una región”. Para él, puede tratarse más “de una cuestión de una *identidad escrita*

<sup>9</sup> Esto nos recuerda el antropólogo Levi-Strauss al comentar, sobre la identidad, que “la verdad es que, reducida a sus aspectos subjetivos, una crisis de identidad no ofrece interés intrínseco. Mejor sería mirar de frente las condiciones objetivas de las que ella es síntoma y que ella refleja” (1977, p.10-11).

representada en la esfera institucional (por ejemplo, en los *más media*) como una expresión de control social y, por lo tanto, de poder” (PAASI, 1986:119). El autor se cuestiona al respecto de las fuerzas e instituciones responsables por este tipo de “sentimiento de comunidad” tan amplio, como él se relaciona con otras identidades aún más amplias (como la identidad nacional), cómo emerge y cuáles son sus consecuencias prácticas.

Al contrario del abordaje discursiva de Albuquerque Júnior, anteriormente comentado, Paasi trabaja con una concepción más propiamente “geográfica”, podríamos decir, de identidad regional, al mismo tiempo “subjetiva” y “objetiva” (PAASI, 1986, p.136). “Subjetiva” porque se refiere a imágenes regionales tanto formuladas a partir de dentro, por sus propios habitantes, como de afuera, de forma “contrastiva” con/por los habitantes de otras regiones; y “objetiva” porque referida a clasificaciones regionales basadas en diferenciaciones ambientales, paisajísticas, culturales, etc. Más recientemente, Paasi (1991, 2002b) se refiere a una “identidad ideal” y una “identidad factual”, distinguiendo analíticamente la “identidad de la región” de la “identidad regional”. Aunque se trata de una distinción de carácter analítico, epistemológico, ella también se refiere al carácter ontológico o de la “entidad” regional tanto en su sentido ideal como material.

La “identidad de una región” se refiere “a las características de naturaleza, cultura y de los habitantes que distinguen o, de hecho, pueden ser *usadas* en los discursos de la ciencia, de la política, del activismo cultural o de la economía para distinguir la región delante de las demás”, a través de clasificaciones que excluyen determinados elementos e incluyen otros, expresando así “el poder de delimitar, nombrar y simbolizar el espacio y grupos de personas” (PAASI, 2002b, p.140). Por otro lado, la “identidad” o “conciencia” regional –o, si quisiéramos, también, en cierto sentido, regionalidad- involucra la identificación de los habitantes con su región, tanto dentro como fuera de ella. Participan en su construcción activistas sociales, instituciones y organizaciones, etc.

Agnew, al enfocar su reflexión sobre el Norte italiano, la región de la Padana, prácticamente fundada por el movimiento derechista de la Liga Norte, y Allen, Massey y Cochrane, al estudiar la “invención” del Sur de Inglaterra bajo el gobierno Thatcher, colocan cuestiones muy próximas: no hay, hoy, cómo analizar la región sin considerar su doble filiación, en el campo material de las cohesiones –y redes- funcionales,

producida sobre todo por sujetos hegemónicos, con acción de largo alcance, como el Estado y las grandes corporaciones, y en el campo ideal de lo que aquí proponemos denominar de cohesiones simbólicas, producidas en un juego de tendencias más complejas, con participación también, en mayor o menor grado, de los grupos subalternos, en sus diversas formas de articulación, entre sí y con los llamados poderes instituidos.

Es claro que no se trata aquí de ninguna “receta” a ser aplicada indiscriminadamente a cualquier espacio. La fuerza “cohesiva” del eslabón funcional – simbólico, por ejemplo, puede estar mucho más presente en algunos espacios, como los antes descritos (aunque, en el caso, mucho más en el ámbito “idealizado” por determinados grupos y políticas regionales, como las de la Liga Norte italiana y del gobierno de Margaret Thatcher). En el caso brasileño, considerando las debidas especificidades, este abordaje también tiene su validez, aunque más restricta a espacios como el nordestino y el gaucho. Fue en esa perspectiva que propusimos, en el análisis de la Campaña gaucha, ya en los años 1980, el concepto de región como:

[...] un espacio (no institucionalizado como Estado – nación) de identidad cultural y representatividad política, articulado en función de intereses específicos, generalmente económicos, por una fracción o un bloque regional de clase que en él reconoce su base territorial de reproducción (HAESBAERT, 1988, p.25).

En estos casos se trata de centrar la cohesión –o, como preferimos, articulación– regional en la imbricación relativamente clara entre múltiples dimensiones del espacio: política, cultural y económica (en el caso de la Campaña gaucha, por lo menos en un determinado contexto histórico, también la propia dimensión “natural”). En este sentido, podemos hablar de región como arte-facto como involucrada en dinámicas sociales efectivas que, incluso, reelaboran, en la práctica, las categorías región y regionalismo. En el caso de Río Grande do Sul la denominación “regionalismo gaucho”, por ejemplo, se encuentra bastante diseminada en las prácticas de los más diversos grupos sociales, pudiendo indicar al mismo tiempo un movimiento político y una identidad regional. Tal vez ese pudiese ser tomado como un “caso prototípico” del hecho o de la cohesión regional, a partir del cual otras dinámicas de articulación regional, materiales y simbólicas, más o menos densas, irían siendo diseñadas.

**A guisa de conclusión: la región / regionalización como des-articulación espacial**

Los ejemplos anteriormente tratados revelan procesos sociales complejos en los que, de alguna forma, tenemos la conjugación o “síntesis” de múltiples dimensiones del espacio, como indicado en la mayor parte de los conceptos de región elaborados a lo largo de la historia del pensamiento geográfico. Ellos pueden ser vistos dentro de un amplio *continuum* de construcción de aquello que proponemos denominar de *desarticulación regional* (siempre dentro de un movimiento de mano doble), desde aquellas articulaciones dominadas por una mayor cohesión simbólica hasta aquéllas marcadas mucho más por una cohesión de orden funcional. No es por el hecho de que no tenemos una fuerte conciencia o identidad regional que la región, obligatoriamente, dejará de existir; pues ella puede estar sustentada por los lazos funcionales de un arreglo socio-económico que le dota de especificidad dentro de las dinámicas de diferenciación geográfica en su sentido más amplio. La especificidad de esta articulación (o “combinación”) de elementos puede o no articularse a una cohesión también a nivel simbólico-cultural, de identidad.

Proponemos mantener el término región, en sentido más estricto, para esos espacios-momento que resultan efectivamente en una articulación espacial consistente (aunque mutable y “porosa”), compleja, sea por cohesiones de dominancia socioeconómica, política y/o simbólico – cultural. En este caso cabe siempre discutir la fuerza espacial / regional, al mismo tiempo articuladora y desarticuladora, a partir de los sujetos (socio – económicos y/o culturales) e intereses políticos involucrados. Muchas veces es para o en relación a apenas algún (algunos) grupo(s) que la región efectivamente se constituye y, en ese sentido, sin dudas, lo que representa articulación para unos puede representar desarticulación para otros.

Una de las cuestiones más relevantes, hoy, por la forma creciente de su evidencia, es que articulaciones regionales del espacio pueden manifestarse no apenas en la tradicional forma zonal, generalmente continua, sino también en redes, dentro de una lógica discontinua de articulación reticular. Esto se debe tanto a la intensificación de la movilidad –especialmente de las migraciones- como a los llamados procesos de exclusión social (o de precarización de la inclusión, para corroborar a José de Souza Martins). En el primer caso, de la intensificación de la movilidad humana, podemos tener la formación de “redes regionales” (HAESBAERT, 1997), en las que los elementos de regionalidad se reproducen en un espacio más fragmentado, mientras que en el segundo pueden surgir “regiones con buracos” (ALLEN, MASSEY y

COCHRANE, 1998), en las que la articulación regional efectivamente sólo alcanza determinados grupos o clases y, como consecuencia, espacios, dejando a otros al margen del proceso de cohesión.

Cuando la intensidad de los contactos a distancia provoca el mantenimiento o incluso el fortalecimiento de algún tipo de eslabón “regional”, sea por movilidad física y/o por contactos virtuales, tenemos la construcción de otro tipo de espacio regional. En ese caso, como para los migrantes del sur (percibidos siempre como “gauchos”) en el interior de Brasil, se trata no más de una “región” en el sentido estricto –por la no consolidación de un espacio regional en el sentido tradicional-, sino de una “red regional” en la que, aunque la materialidad de la región como tal no esté evidenciada, la mayoría de los trazos de una “regionalidad” se encuentran reproducidos.

En síntesis, aunque la región como entidad material no esté evidenciada, podemos tener la presencia de los referenciales simbólicos (o, si quisiéramos, de la regionalidad, en sentido más estricto) que la alimentan y que pueden, por su parte, reconfigurar espacios, en otras bases (más fragmentados y/o en red, por ejemplo), haciendo más complejo el diseño geográfico que, tal como ocurre con otras configuraciones “zonales” más tradicionales (Estado – nación, al frente) puede estar anticipando la estructura más compleja desde el punto de vista socio-espacial en un futuro en que región, regionalismo y regionalidad (tal como nación, nacionalismo y nacionalidad) estarán sustancialmente reconfiguradas. Pero eso ya es tema para el desdoblamiento en otro trabajo...

Traducción al español:  
Prof. Dr. Milton Hernán Bentancor

## Referencias

- AGNEW, J. Regions in revolt. *Progress in Human Geography* 25(1). 2001.
- \_\_\_\_\_. From the political economy of regions to regional political economy. *Progress in Human Geography* 24(1). 2000.
- \_\_\_\_\_. Regions on the mind is not equal regions of the mind. *Progress in Human Geography*, 23 (1). 1999.
- ALBUQUERQUE JR., D. *A invenção do Nordeste e outras artes*. Recife: Fundação Joaquim Nabuco e Ed. Massangana; São Paulo: Cortez, 1999.

- ALLEN, J.; MASSEY, D.; COCHRANE, A. *Rethinking the Region*. Londres: Routledge, 1998.
- ANDERSON, B. *Nação e consciência nacional*. São Paulo: Ática, 1989.
- BERGSON, H. *Memória e Vida*. São Paulo: Martins Fontes, 2006.
- \_\_\_\_\_. *Essais sur les données immédiates de la conscience*. (1927) Paris: Presses Universitaires de France, 1993.
- BOURDIEU, P. *O poder simbólico*. Lisboa: Difel; Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 1989.
- CASTAÑON, G. Construtivismo e terapia cognitiva: questões epistemológicas. *Revista Brasileira de Terapias Cognitivas*. Rio de Janeiro, v. 1, n. 2, 2005.
- DELEUZE, G. *Foucault*. São Paulo: Brasiliense, 1988.
- ENTRIKIN, N. *The betweenness of Place: towards a Geography of Modernity*. Houndmills e Londres: MacMillan, 1991.
- ERNOUT, A. e MEILLET, A. (1932) *Dictionnaire Étymologique de la Langue Latine: Histoire des Mots*. Paris: Librairie C. Klincksieck, 1967
- FRÉMONT, A. *A região, espaço vivido*. Coimbra: Almedina, 1976.
- GRATALOUP, C. Les régions du temps. In: *Périodes: la construction du temps historique*. Paris: Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales e Histoire au Présent, 1991.
- \_\_\_\_\_. (2003) Os períodos do espaço. *GEOgraphia* n. 16. Niterói: Programa de Pós-Graduação em Geografia, 2006.
- HAESBAERT, R. Morte e vida da região: antigos paradigmas e novas perspectivas da Geografia Regional. In: Sposito, E. (org.) *Produção do espaço e redefinições regionais*. Presidente Prudente: Unesp, FCT, GASPER, 2005.
- \_\_\_\_\_. *O mito da desterritorialização: do "fim dos territórios" à multiterritorialidade*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2004.
- \_\_\_\_\_. (1993). Escalas espaço-temporais. In: *Territórios Alternativos*. São Paulo: Contexto, 2002.
- \_\_\_\_\_. *Des-territorialização e identidade: a rede "gaúcha" no Nordeste*. Niterói: EdUFF, 1997.
- \_\_\_\_\_. *RS: Latifúndio e Identidade Regional*. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1988.
- LATOUR, B. *Reflexão sobre o culto moderno dos deuses fe(i)tiches*. Bauru: EDUSC, 2002.
- LEFEBVRE, H. (1974). *La production de l'espace*. Paris: Anthropos, 1986.
- LÉVI-STRAUSS, C. *L'identité*. Paris: Quadrige e Presses Universitaires de France, 1977.
- LUSSAULT, M. Constructivisme. In: Lévy, J. e Lussault, M. (orgs.) *Dictionnaire de Géographie et de l'espace des sociétés*. Paris: Belin, 2003.

MAIA, C. Realismo científico e construtivismo sócio-lingüístico em Bruno Latour e Ludwik Fleck. In: [www.necso.ufrj.br/esocite2008/trabalhos/35929.doc](http://www.necso.ufrj.br/esocite2008/trabalhos/35929.doc) Acessado em 24 out 2009.

MOORE, A. Rethinking scale as a geographical category: from analysis to practice. *Progress in Human Geography* 32(2). 2008.

PAASI, A. Place and Region: regional worlds and words. *Progress in Human Geography* vol. 26, n. 6. 2002a.

\_\_\_\_\_. Bounded spaces in the mobile world: deconstructing “regional identity”. *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*. Vol. 93, n. 2, 2002b.

\_\_\_\_\_. Deconstructing Regions: notes on the scales of spatial life. *Environment and Planning A*, vol. 23. 1991.

\_\_\_\_\_. The institutionalization of regions: a theoretical framework for understanding the emergence of regions and the constitution of regional identity. *Fenya* 164(1). 1986.

PÓVOA NETO, H. A produção de um estigma: Nordeste e nordestinos o Brasil. *Travessia: revista do migrante*. São Paulo, v. 7, n. 19, 1994.

SAÏD, E. (1978) *Orientalismo: o Oriente como invenção do Ocidente*. São Paulo: Companhia das Letras, 1990.

THRIFT, N.. For a new regional Geography (1, 2, 3). *Progress in Human Geography* vols. 14, 15 e 17, 1990, 1991, 1993.

WISHART, D. 2004. Period and Region. *Progress in Human Geography* 28.